

A la Purísima Concepción de Nuestra Señora

Si ociosa no asistió naturaleza,
admirada, a la tuya, ¡oh gran Señora!
concepción limpia, donde ciega ignora
lo que muda admiró de tu pureza.

Diganlo, ¡oh Virgen!, la mayor belleza
del día cuya luz tu manto dora,
la que calza nocturna brilladora,
los que ciñen carbunclos tu cabeza.

Pura la Iglesia ya, pura te llama
la escuela, y todo pío afecto sabio
cultas en tu favor da plumas bellas;

¡Qué mucho, pues, si aun hoy sellado el labio,
si la naturaleza aun hoy te aclama
Virgen pura, si el Sol, Luna y estrellas?...
Luis DE GONGORA Y ARGOTE

Retrato de la Santísima Virgen

Poco más que mediana de estatura;
como el trigo el color; rubios cabellos;
ivos los ojos, y las niñas dellos
de verde y rojo con igual dulzura:

las cejas de color negra y no oscura;
aguileña nariz; los labios bellos,
tan hermosos que hablaba el cielo en ellos
por celosías de su rosa pura:

la mano larga para siempre dala,
saliendo a los peligros al encuentro
de quien para vivir fuese a buscalla:

esta es María, sin llegar al centro;
que el alma, sólo puede retratalla
pintor que tuvo nueve meses dentro.
Lope DE VEGA

A la Asunción

En turquesadas nubes y celajes
están en los alcázares empíricos,
con blancas hachas y con blancos cirios,
del sacro Dios los soberanos pajes.

Humean de mil suertes y linajes,
entre amaranto y plateados lirios,
incienso indios y pebetes sirios
entre alfombras de lazos y follajes.

Por manto el Sol, la Luna por chapines,
llegó la Virgen a la empírica sala:
visita que esperaba el Cielo tanto.

Echáronse a sus pies los serafines,
cantáronle los ángeles la gala,
y sentóla a su lado el Verbo santo.
Pedro ESPINOSA

Contemplación entre la Virgen y el Niño

MIRANSE los dos en hito
y su vista es gloria cierta.
¡Oh qué placer infinito
que cien mil almas despierta!
¡Qué floresta ni qué huerta
tales flores han llevado?
Mal han barajado.

¡Oh cosa de maravilla
que el Infante más entiende,
que la Virgen sin mancilla
del cual secretos depende,
ella su vida despiende
en que sea bien tractado.
Mal han barajado.

Su velo le puso encima
al Niño por ornamento,
y a los pechos se le arrima,
abrigándose del viento.
Y quedó el cabello exento
de la Virgen muy dorado.
Mal han barajado...

Del azul manto, caído
de los hombros a la cinta,
y del gozo muy subido
en nieve y en grana tinta.
¡Oh mi Reina, y cuál te pinta
mi alma en aquel estado!...

Tus cabellos cada cual
era un cirio refulgente,
tendidos como frontal
sobre el muchacho excelente.
Pues tus ojos con la frente
a Dios han enamorado...

En cuerpo, que no te empachas
te quedastes, en brial,
alumbrando por mil hachas
aquel dichoso portal;
los zafiros y cristal
de linda has sobrepujado...

Sirvenla de ropa rica
cabellos ventiladores,
la luz que se multiplica
se alumbraba de mil colores;
su frescura y sus primores
a su Esposo han espantado...

Olores y resplandores
proceden desta Señora,
más que al sol y que a las flores
en la no menguada hora;
su casa de emperadora
todo el cielo ha convidado...

Como planta de rosales
en la jordana ribera,
como perlas y corales
su garganta y gesto era,
todo lumbré reverbera
por brocado ensortijado...

Al sereno está la Reina
con aire todo real;
no se lava ni se peina
mas Dios no hizo otra tal;
como perla oriental
Dios en ella es engastado...

Fray Ambrosio MONTESINO



CANTICA DE LOORES DE SANTA MARIA

QUIERO seguir a ti, flor de las flores,
siempre decir cantar de tus loores;
non me partir de te servir,
mejor de las mejores.

Grand fianza he yo en ti, Señora,
la mi esperanza en ti es toda hora;
de tribulación sin tardanza,
vénneme librar agora.

Virgen muy santa, yo paso atribulado,
pena tanta, con dolor atormentado,
en tu esperanza coita atanta
que veo, mal pecado.

Estrella del mar, puerto de folgura,
de dolor compido e de tristura,
vénneme librar e conortar,
Señora del altura.

Nunca fallasee la tu merced compida;
siempre guareces de coitas e das vida;
nunca perece nin enristece
quien a ti non olvida.

Sufro grand mal sin merecer, a tuerto,
esquivo tal, porque pienso ser muerto;
más tú me val, que non veo al
que me saque a puerto.

Arcepreste DE RITA

Himno a Nuestra Señora

PUES navegáis, alma mía,
por el mar de pensamientos,
do sola de contrarios vientos
combatida cada día;
para no temer fortuna
mirad siempre aquella estrella
del norte, porque sin ella
no habréis bonanza ninguna.

Y para más la obligar,
decidle por oración
esta devota canción:
«Ave, Estrella de la mar
Madre de Dios criadora,
pero Virgen de continuo,
dichosa puerta y camino
del cielo, y emperadora.

Oyendo aquel dulce ave
de la boca de Gabriel,
con que vos, Señora, y él
al cielo hicistes llave,
fundados en paz segura,
mudando el nombre de Eva,
porque no se nos atreva
quien nuestro daño procura.

Soltadnos de las prisiones
de nuestros viciosos fuegos,
dad lumbré a los que están ciegos
de sus propias aficiones;
nuestros males apartad,
nuestros bienes procurando,
para que queden de un bando
la razón y voluntad.

Mostraos, Virgen, ser madre
a los tristes que padecen,
sumat per te nostram precem,
el que, siendo vuestro padre,
por nosotros quiso ser
vuestro hijo, y siendo Dios,
se hizo dentro de vos
hombre para padecer.

Singular Virgen sagrada,
entre todas la más mansa,
y tan mansa, que descansa
Dios dentro en vuestra morada;
limpiadnos, que estamos llenos
de las culpas que criamos
y hacednos que seamos
muy mansos, castos y buenos.

Dadnos vida concertada
y asegurad los caminos,
porque nos hallemos dinos
al cabo de la jornada,
y en tal estado acabemos
que do vamos deseando,
a Jesucristo mirando,
siempre con él nos gocemos.

Sea alabanza, por tanto,
a Dios Padre Criador
y a Cristo, muy gran Señor,
con el Espíritu Santo;
una honra a todos tres,
sin dar ventaja a ninguno;
que así es lo que es de uno,
que de todos ellos es.

Cristóbal DE CASTILLEJO



SUMARIO

- «Concepción y nacimiento de la Virgen», de Fray Juan López (tres capítulos), y «A nuestra Señora la Virgen María», soneto de José García Nieto; dibujo de López Sánchez. Pág. 2.
- «Flores a Marías», de Gerardo Diego; orla de J. Cabanas. Pág. 3.
- «La Virgen en América», por Manuel Ballesteros-Galbrois. Pág. 4.
- «Gonzalo de Berceo y los «milagros» españoles», por Lorenzo Riber; con viñetas e ilustraciones de Tauler. Pág. 5.
- «Figuras de María en altares de España», Págs. 6 y 7.
- «Para el laude de María», por Alvaro Cunqueiro; dibujo de Serny. Pág. 8.
- «Loa española a Santa María», por José María García Escudero; ilustración de Manuel Eguía. Pág. 9.
- «El folklore de las Fiestas Marianas», por Nieves de Hoyos Sancho; dibujos de Tauler. Pág. 10.
- «Triptico de sonetos a la Virgen», por Luis F. Vivanco. Pág. 11.
- «Llena eres de gracia» (selección de poesías). Pág. 12.



«EL SEÑOR TE HA BENDECIDO CON SU PODER, PUES POR TU MEDIO HA ANIQUILADO A NUESTROS ENEMIGOS. ¡HIJA, BENDITA ERES DEL SEÑOR, DIOS EXCELSO SOBRE TODAS LAS MUJERES DE LA TIERRA! BENDITO SEA EL SEÑOR, CREADOR DE CIELOS Y TIERRA, PUES TANTO HA ENGRANDECIDO TU NOMBRE, QUE NO CESARAN DE ALABARTE PARA SIEMPRE CUANTOS RECUERDEN EL PODER DEL SEÑOR; PUES NO TEMISTE EXPONER TU VIDA POR TU PUEBLO, VIENDO LAS ANGUSTIAS Y TRIBULACION DE TU LINAJE, SINO QUE EVITASTE SU RUINA EN PRESENCIA DE NUESTRO DIOS.»

(Del Libro de Judith, 13, 22 y 23-25.)

Epístola del Viernes de los Siete Dolores de la Virgen María.

"CONCEPCION Y NASCENCIA DE LA VIRGEN

DE FR. JUAN LOPEZ

Ofrecemos a nuestros lectores tres fragmentos de esta interesante obra de principios del siglo XV, según la edición del P. Luis G. A. Getino. (Madrid, 1924.)

COMO LA DEVOTA CONDESA SALUDA A LA REINA DEL CIELO

Salve, Reina Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza mía; salve. Yo clamo a Ti como desterrada y hija de Eva. Yo a Ti suspiro en este valle de lloro. De los fieros leones y onzas (1) soberbias fuyo a Ti, como a firme guarda mía. De las tempestades y tormentas avaras corro a Ti, mi casa fuerte guarnida (2). De los osos y lobos golosos y sucios temblorosa (3) vengo a Ti, mi torre de fortaleza y envestada (4) y erguida. No me presento, muy alta Señora, al trono de vuestra muy gran dignidad, mas a la silla graciosa de vuestra muy pia benignidad. Ni me presento como loadora, ca só muy gran pecadora, e no es especiosa la loanza en la boca del pecador; ca puesto y otorgado que mis poros fuesen bocas y lenguas los mis cabellos, más loarían callando que loores te cantando. Según los modos humanos, en respecto de los cielos, callando te loamos y loando injuriamos.

Pues ¿qué haré, Señora muy buena? ¿Callaré loando, o loaré callando? ¿Querré, si place a Ti, loar humildemente y callar cueradamente? ¿Fablaré de las fiestas tuyas que solemnizan los tus servidores e callaré los secretos de que callaron los santos Doctores? Fablar de tus loores es a mí gran afición. Departir de tus virtudes es a mí consolación. Contar de tus altas dignidades es a mí delectación. Relatar de tus festivas solemnidades helo yo por muy santa y gran devoción. Si pensar de Ti es sentido consumado, ¿cuánto en más grado será perfecto y acabado fablar y obrar aquello que place a Ti! La memoria de tu dignísima alteza y la recordación de tu altísima dignidad hecha es como mezcla de perfumes y mixtura de olores por arte de alatares (5); en toda boca se adúlcerá, como el azúcar, la memoria del tu nombre, y así sonará en lenguas relatantes como la arpa en el convite. ¡Señora mía!, el nombre tuyo memorial es tuyo en deseo santo del alma mía. De Ti me acordaré todos los días que viviese. De Ti ¡oh graciosa! hablaré todos los meses de mi tiempo. A tu honor conversaré todos los años de mi vida.

- (1) «Onzas» = tigres.
- (2) «Guarnida» = adornada.
- (3) «Temblorosa» = temblorosa.
- (4) «Envestada» = envesada, revocada.
- (5) «Alatares» = vendedores de perfumes.

COMO LA GLORIOSA VIRGEN FABLA A LA SU DEVOTA CONDESA LA FORMACION DE SU VIRGINAL BOCA

¡Oh, mi buena hija y devota Condesa! Bien miraste en el cuello mío, diligentemente hablaste, con estu-

dio loaste la mi garganta. Así es como dices. Eso es que afirmas. Todo es como loas. Mas quiero agora fablarte cómo el Obrador de cuanto es ha fabricado la boca mía con sus pertenencias en el vientre de mi buena madre.



ORACION

A NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN MARIA

Por José García Nieto

Hija de Dios, Madre de Dios, Esposa del Espíritu Santo; nazarena por Nazaret; más nieve que azucena; rosa y abierta tú más que la rosa.

Oficianta del río escrupulosa; tendedora en el sol; luz en la almena; carne dando de amor la nochebuena, de amor y sin dolor, la prodigiosa.

Cuna de Dios, alcándara divina, ¡A tu seno las auras anunciadas! ¡A ti el viaje del ángel y el camello!

Turris ebúrnea, stella matutina; el corazón clavado en siete espadas y orlado en doce estrellas el cabello

La boca mía formó en media manera en proporción requerida entre la barba y la nariz, con un resplandor de alegre reverencia que a los mirantes después halagase a más mirarla; ni grande ni chica, mas en media medida, con fórmula delectable. Los bezos (1) míos, así asentados que contuviesen bella gracia en comparación de uno a otro y de los dos según la boca. Colorados finalmente, como el nuevo cendal, según espiró el Espíritu Santo en los Cantares de Salomón: "Los bezos tuyos, como el cendal teñido de grana."

E dispuso el Formador que mis dientes ordenados mostrasen albuira de marfil, para que por su tiempo ministrasen al Fijo de Dios en su crianza, e los labros míos, afluyentes como el favo (2) de la miel, los cobriesen bellamente.

El formó la lengua mía con granados privilegios y donaires graciosos, como en los Cantares lo escribe Salomón: "Miel y leche serán so la lengua tuya." E aquel olor de la boca mía, como olor de manzanas. Estas cosas por promesa se cumplieron llenamente en el curso de mi vida por diversas diferencias de la Suma Providencia. E quiso poner un igual peso y balanza igualante a mi boca en dos cosas: la una, en el rescebir; la otra, en el departir. Quiso que temperanza igualase mis manjares con suficiencia, e que mesura y prudencia mesurasen mis fablares e que amase silencio, a su tiempo sobre todo, e sola nesciescit abriese siempre mi boca.

COMO LA DEVOTA CONDESA EXCLAMA DE LA GLORIOSA BOCA DE LA VIRGEN MARIA

¡Oh, boca de buena ventura y bienfadada boca!, que antes que naciese fué digna de besar los sacratísimos miembros del Fijo de Dios. La cual nunca supo que cosa era besar varón, nunca conoció glotonía, de abstinencia doctrinada. Cuya lengua graciosa en loores divinales. Cuya fabla dulce rosa en enseñanzas doctrinales. Cuyas dulces departiciones entre las fémbras amigables. ¡Oh, boca dorada! ¡Oh, lengua mesurada! ¡Oh, lengua secreta y callada!, no fué en ti por medida la gracia divina incluída. ¡Oh, lengua consagrada!, que con Dios se razonaba, que con ángeles fablaba, e por los miserables algunas veces abogaba; mas agora por estudio de nós todos es abogada. Yo te fago gracias cuantas puedo y bendigo y loo en el que te fizo y formó y a tantos bienes te ordenó.

Proceda la mi Señora y diga adelante de las otras partecillas y facciones sin parejas.

- (1) «Bezoes» = labios.
- (2) «Favo» = panal.

EN EL UMBRAL DE MAYO

Triptico de sonetos a la Virgen

Por LUIS FELIPE VIVANCO

Madre del Gozo



RENACEN en tus ojos los árboles del huerto que ignoran cómo crece su fronda rumorosa, y el corazón fragante de la primera rosa vuelve a sentirse en ellos humildemente abierto.

¿Qué activa la pureza de este rubor despierto con que el alma inaugura su vocación de esposa, mientras la yerba niña del hontanar reposa junto a un agua que apenas se muestra al descubierto!

La tierra es una aurora primaveral que eleva la gracia de sus breves criaturas reveladas, por el claro misterio de tu mirada nueva.

Y en el cielo restauran las horas olvidadas su azul recién nacido: que así miraba Eva cuando iba amaneciendo la luz de sus miradas.



Madre de la Gloria



¿Q

Allí donde no alcanzan los trinos de las aves se alza, unánime, el coro de la marinería, y los labios olvidan las palabras más graves para cantar las sílabas de tu Nombre: María

Pues tu Nombre ascendido y alegre, en que contemplé la plenitud celeste de tu Gloria, es el templo de las horas humildes donde brota esa brisa

que mantiene inspirada tanta blancura en vuelo. ¡Avante, surcadores de la pleamar del cielo, que son nuestras las proras y es suya la sonrisa!



Madre del Dolor

QUIERO quebrar mi ensueño para verla sobre la dura tierra ensangrentada: muda y piadosa imagen, entallada por la mano maestra de la Muerte,

Pero también quisiera merecerte y residir sin mancha en tu mirada como la leve carne immaculada que te lastima con su albor inerte,

Nunca podrán mis labios soñadores nombrar la soledad que persevera como la voz del mar bajo las olas.

Y aquí está, apacientando tus dolores, esta cándida ausencia verdadera que no me deja con mi angustia a solas.



EL FOLKLORE EN LAS FIESTAS MARIANAS

Por NIEVES DE HOYOS SANCHO

LO PRECRISTIANO

SIN hacer ésta, en general, el Folklore de las fiestas religiosas españolas, que Menéndez y Pelayo estimó ya necesario investigar, al escribir hace cuarenta años «el cuadro general de las religiones en la Península antes del Cristianismo», al comenzar su «Historia de los heterodoxos españoles»; y más aun, sin abocetar siquiera las transformaciones que hasta las fiestas marianas ha venido teniendo el culto a la Virgen en su mes de mayo. Sin duda alguna influido con restos de las fiestas gentílicas mayúnas, y aun otras anteriores en el culto que a diosas y deidades rendían los primitivos españoles de las tribus indígenas o de las invasiones coloniales.

Los vestigios de estos primeros cultos a diosas, deidades y vírgenes precristianas quedaron en los restos y en los recuerdos de monumentos elevados a ellas, principalmente en los promontorios y cabos que se adentran en el mar, desde el de Calpe, en Levante, el de Gata, en Almería, varios de las enseñadas y caletas malagueñas y gaditanas, y pasando el Estrecho, los de El Algarve portugués, destacadamente el del cabo de San Vicente, subiendo por todo el litoral hasta los acantilados de las rías gallegas y los promontorios envueltos siempre en bruma de Asturias y Cantabria; allí donde a los primitivos monumentos realmente protohistóricos, sustituyeron los elevados por la conquista de Augusto, como símbolo de la plena sumisión por Roma de las tierras nortéas.

A estos precristianos monumentos de tipo marino han de unirse los infinitamente más numerosos de tierra adentro, donde las ermitas a la Virgen han hecho perdurar a lugares sagrados y de culto de los tiempos precristianos. Las advocaciones rústicas, campesinas, agrícolas y ganaderas son infinitas, y en cualquier elevación del terreno, desde las motas y motillas hasta las lomas, cerros, montes y picos, se ha rendido desde muy tempranos tiempos del catolicismo culto a la Virgen del Otero, del Valle, de las Nieves, del Camino, del Soto, de la Fonfría, o a los muchos más numerosos derivados de la vegetación con las ermitas de la Robleda, del Retamar, de la Encina, de los Cañigales, del Carvallo, de la Iniesta, del Carrascal o en las propias formas dialectales del Puig, de la Alsina, de la Carvalleira, y tantos otros que han multiplicado el culto mariano, fundamentalmente en cumbres y sitios predominantemente correspondientes al desarrollo y plenitud de árboles y flores en el mes de mayo.

En España son innumerables en todas las serranías las ermitas puestas bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves, siguiendo la iniciada por la gran Basílica del monte Esquilino en Roma; pero humildes y hasta miserables, cuyo adorno consiste en un vestido de poco precio y ante la cual vemos una lámpara de corcho, próxima a extinguirse. A este grupo de advocaciones pertenecen las múltiples de la Fonfría, de las que se destaca la segoviana de la Fuencisla, establecida por el primer obispo de aquella diócesis, y claro es que a la cabeza de estas dedicaciones de motivos geográficos, puede y debe estar Nuestra Señora de Montserrat, universalizada desde su sede rocosa de Cataluña.

Entre las más destacadas advocaciones campesinas en España figura la madrileña Virgen de Atocha, que según el señor Moreno Cebada, en libro de hace más de ochenta años, es una de las patronas más antiguas de toda España, y debe su nombre al atochal o espartal en que apareció o fué erigida. En oposición a esta antigüedad está el modernismo de la Virgen de la Paloma, que en 1792 inició su culto al librarse un lienzo con la figura de la misma del irreverente destrozo que hacían una turba de chiquillos callejeros. De las múltiples advocaciones de tipo botánico destaquemos la gaditana Virgen de la Paloma, que en el barrio de la Viña aumentó su culto desde 1755, con motivo del gran terremoto que afectó el sur de España hasta Lisboa.

Por otro camino que el de la topografía se destacarían interesantes datos acerca de cuál es la época y representación iconográfica de la Virgen que a las fiestas de mayo corresponde. Y en un ensayo publicado hace muchos años por el señor Hoyos Sáinz, se evidencia abocetado que en la imaginería mariana, no figurarán las pinturas y las esculturas de la Virgen Madre de Dios en todos sus momentos, desde la



Anunciación y la Encarnación hasta las figuras sedentes como verdadera Madre, a las que manifiestan como presentación del Niño Jesús en sus múltiples actitudes, ni las correspondientes a los momentos de la Pasión, como Mater Dolorosa, quedando encuadrada la representación artística a la Virgen adolescente o a la estilizada, aureolada ya por nímbo o por corona en posibilidad de Ascensión, tal vez mejor expresada por algunos primitivos y por la conocida Concepción de Murillo.

Una dificultad, no siempre fácil de resolver para el conocimiento de las verdaderas representaciones marianas en las obras escultóricas, es la de que la mayoría de sus tallas están ocultas con mejor voluntad y buen deseo de realzarlas que con acierto artístico, ya que los vestidos y mantos, casi siempre anacrónicos o poco estéticos, ocultan la verdadera e interesante figura de la imagen.

LAS FIESTAS DE LA VIRGEN

El día que España celebra un mayor número en total de fiestas en honor de la Virgen es el 8 de septiembre, y no hay, no ya provincia ni región, sino ni pequeña comarca que ese día no celebre una o varias fiestas a la Virgen María con diferentes y variadas advocaciones. Patrona en este día de numerosas villas y aldeas españolas. El 15 de agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora, sigue en número de celebración de fiestas, y en el mes de mayo, que es el verdadero mes de María, no tiene una fecha que una todas las fiestas; cada pueblo o aldea tiene la suya propia; el catolicismo no señala en este mes fechas tan solemnes como la de la Natividad de la Virgen o la Asunción de Nuestra Señora; los motivos son puramente locales: el día en que se apareció la imagen, en que una Virgen sacada en procesión devolvió la fertilidad a los campos o la salud a los enfermos. Suelen celebrarse también en este mes de mayo infinidad de fiestas, que pudiéramos llamar prestadas, fiestas móviles relacionadas con la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. No me refiero a las de Pascua de Resurrección, que son muy anteriores a mayo, ni siquiera a las del Domingo de Cuasimodo, una semana después, sino a las fiestas de Pentecostés, que celebran la venida del Espíritu Santo, que sucedió cincuenta después de la Resurrección de Nuestro Señor, y aun el domingo siguiente o de la Santísima Trinidad. Sin que sean las fiestas de Pentecostés obligadas del mes de mayo, pueden considerarse como tales, ya que la mayoría de los años en él se celebran, aunque en el presente, excepcionalmente, quedan para junio.

De indiscutible abolengo son las fiestas marianas de mayo son las plenamente folklóricas de mayos y mayas de estirpe de las floralias romanas, y algunas típicamente griegas. Lo significativo de ellas es

el mástil o alto tronco del árbol que se eleva en la plaza mayor de la villa o en la de la iglesia pueblerina, y que no puede ni debe confundirse con la caña o palo de codicia o gula, ya que los que la trepan buscan la bolsa o escarcela con dinero o la comida como el gallo o las golosinas. El mayo o maya de mayo es más ideal y estético, pues sólo quiere alcanzar la pura satisfacción del ramo de flores, para depositarle a los pies de la Virgen patrona, o para ofrecérselo a la novia.

Confúndense y se mezclan siempre las fiestas de los mayos y de las mayas con la Cruz de Mayo, fiesta que se celebra el día 3 en conmemoración de la Invenición de la Santa Cruz, con ceremonias muy variadas, desde la bendición de los campos en Castilla, sin que falten en todas las otras regiones españolas, y que continúan en las encantadoras procesiones pueblerinas que por los días de San Isidro se encuentran en carreteras y caminos, desde la pequeña parroquia del lugar hasta cualquiera de las ermitas de advocación campesina que antes hemos citado.

Una gratísima manifestación de las fiestas de la Cruz de Mayo es la infantil, repartida por casi toda España, principalmente Andalucía y las dos Castillas, y actualmente en desuso demasiado general, puesto que van desapareciendo los pequeños altarcitos improvisados en la calle, en los portales o en las rejías, en los que en la mesa, forrada a veces con esplendidez de ricas telas o simplemente cubierta con blancos paños bordados, figuraba la Cruz, muy adornada con flores, y una bandeja o cepillo donde reunir la colecta que niñas vestidas de mayas, con verdadera anarquía indumental, pero siempre simpáticas por su sencillez estética, recogían de los transeúntes, acosados hasta obtener la dádiva por los infantiles pedigueños. En Madrid la pérdida de la costumbre es total, y en las mesillas de postulantes infantiles han sustituido las constituidas por oficiales damas, que al frente de legión de señoritas recaudan en determinados días para fines muy justificados, pero sin la sencillez y tradición de la chiquillería callejera, que no sabemos por qué en algunas mesas o en determinados barrios pasaban un cepillo por la manga o costado del transeúnte dádivo.

ALGUNOS EJEMPLOS

No es posible traer aquí ni un apuntamiento de mes tan festero como mayo en honor de la Virgen, y destacaremos algunas de las fiestas de más tradición y valor folklórico.

Empezando las fiestas de la Virgen en el mes de mayo, recordemos que en el pueblo de Molina de Aragón, en la provincia de Guadalajara, celebrábase antiguamente una curiosa tradición, casi perdida hoy. El día 1 de mayo, en honor de la Virgen de la Hoz, verificábase una procesión y letanía, con asistencia del clero y casi todos los molinenses. Era voto de la villa dar de comer por cuenta del Concejo y Cabildo de caballeros a todos los romeros que acompañaban a la Virgen en la procesión.

Toda Castilla la Vieja, tirando hacia Aragón, celebra romerías en el mes de mayo en honor de la Virgen María. La del pueblo segoviano de Villacastín es el 29 de mayo en honor de la Virgen del Carrascal. En la provincia de Burgos, el día 2 van al Santuario de Nuestra Señora de Revenga, enclavado en un lugar enriquecido por recuerdos arqueológicos, acudiendo romeros de todos los pueblecitos de Regumiel, Canicosa de la Sierra, Vilventre del Pinar y otros. El 8 de mayo se celebra Nuestra Señora de Santonad, patrona del valle de Mena, y de todos los pueblos acuden ese día a honrar a la Virgen en su Santuario de Vivanco. Igualmente el día 9, alrededor de la ermita de Nuestra Señora del Cerro, cerca de Cuevas de Juarros, se congregan casi todos los vecinos de Ibeas, San Millán, Mozoncillo y Castrillo del Val.

La Virgen del Mirón es Patrona del pueblo de Fuentelcarro, en la provincia de Soria, celebrando su fiesta el día 27 con romería y merienda en las eras, a las que acuden también de Almazán, bailando hasta llegar la noche al son de la gaita y tambor.

Los pueblos de Teruel celebran en varias fechas a sus Santuarios: el 4 el de Nuestra Señora de Montserrat, vulgarmente llamada de Fórmole, en el término del pueblo de este nombre; el 10 el pueblo de Anadón va en romería al término de la Fonfría, al Santuario de Nuestra Señora de la Silla; es curioso que en diferentes días, ya que lo hace el día 15, celebre esta misma advocación el pueblo de Piedrahíta.



FLORES A MARIA

Pues que son treinta y uno los días de tu mayo,
oh Reina de las Flores,
un brazado de versos, uno por cada día,
a ofrendarte venía.

Versos que yo quisiera temblorosos de aromas,
cargados de rocíos,
profusos de mezclados, nunca vistos matices,
tiernamente felices.

Pero mi huerto, Madre, tú lo sabes, es áspero
de ortigas y de guijas.
Abejas vienen pocas, mariposas alguna
y rara vez la luna.

Hubo un tiempo remoto, tiempo casi hortelano,
buen tiempo jardinero,
cultivador de rosas, azucenas, claveles,
con vocación de mieles.

Sus mayos eran mayos porque crecían verdes,
olorosos, tupidos.
Porque tú eras la Madre del más hermoso Amor,
subían flor a flor.

Cada mañana un cirio, un ramo cada tarde,
cada noche una hoja,
la hoja del almanaque, canjilón de la noria,
con su jaculatoria.

Que el niño aquel redima con sus labios o pétalos
esta mudez de ahora,
el niño aquel eterno, que la niñez no muere,
la niñez que te quiere.

Recibe, oh Madre mía, mi tesoro escondido
de heliotropo y de nardo,
la niñez que te guardo.

Gerardo Diego.



LA VIRGEN EN AMERICA

Por M. BALLESTEROS-GAIBROIS

QUE los normandos cristianizados tengan a San Olaf entre sus Santos, no extraña en un pueblo marino y navegante. Que en la sécula de Castilla la Nueva sea un labrador millagroso el que obtenga el culto popular —San Isidro—, tampoco parece raro. Pero lo que sí llama de veras la atención es que toda una acción colonial realizada en tiempos distintos por personas diferentes y de variado origen, haya desembocado en un culto mariano fortísimo, que se extiende por todos los paralelos del Nuevo Mundo. Para hallar la razón de este fenómeno es preciso buscar en las raíces tradicionales el fundamento y la explicación.

La Edad Media peninsular es una verdadera teoría mariana en piedra y madera, en esculturas y pinturas. Todos los artesanos y artifices del medioevo pusieron su mejor arte en representar a la Madre terrenal del Salvador, en los variadísimos temas que su vida y sus advocaciones permiten. Ya sea la Anunciación románica de Silos, la de plata y madera de la Catedral de Astorga, la del Arrabal del Portillo de Valladolid, con Santa Ana y el Niño, la Doloresa del Cementerio de San Andrés de Burgos (1), la Piedad de Medina de Rioseco, o las pinturas de Vich, con el Niño, la de la escuela de Marzal, en Valencia, la coronada de Pedro de Zurera, en Huesca, o la Anunciación de Ubeda... Adoración caballeriza por la mujer que fué inmaculada, por la Santa Madre del que redimió al Género Humano. Adoración muy española.

Como el descubrimiento de América y sus grandes conquistas son, en realidad, la última empresa medioeval de España, y en ella participan todos los que habían combatido contra los infieles o comenzaban a saber de luchas ultramarinas, no debe hoy extrañarnos que con ellos fueran también los cultos peninsulares de la Edad Media, el amor a María, transfundido a América desde la tierra que precisamente —por un azar folklórico— iba a llamarse la «tierra de María Santísima», Andalucía.

OTRAS SUGERENCIAS MARIANAS

¿Nos hemos fijado en el «nomenclator» de los pueblos de España? Hasta en las secas y numéricas páginas estadísticas y municipales cabe hallar sugerencia a la Historia y a la poesía. Si hojeamos sus páginas nos sorprenderá un hecho innegable: Castilla, Galicia, Andalucía y Extremadura arrojan —con Cataluña— un sorprendente porcentaje de Santas Marias. Santas Marias para todos los gustos, en todos los lenguajes y dialectos peninsulares, desde las rías galaicas hasta la desembocadura del Guadiana. Y fué, precisamente, esta zona la que, derivando hacia el Sur su determinismo atlántico, ante la muralla portuguesa (2), nutrió de savia a las tierras ultramarinas, que jugando el vocablo podría

llamar también «ultramarianas», por el fervor que en ellas despertó el culto a la Virgen.

Pero no es sólo esta coincidencia sugeridora la que incita a pensar en las raíces que pudo tener la adoración por la Virgen en América, sino también el ir viendo cómo son sus advocaciones las que van jalonando los hechos principales de la acción española en Indias, y cómo en éstas se sigue el ritmo y el compás del desarrollo mariano metropolitano.

Se ha dicho —y con razón— que el arte hispanoamericano (llamario hispanocolonial me parece inexacto) halla su verdadero ser con el «barroco», que funde definitivamente tradiciones artísticas peninsulares e inclinaciones estilísticas americanas. Sentado esto, que lleva consigo que los mejores momentos del arte hispanoamericano sean aquellos del siglo XVII y del XVIII, nos preguntamos solamente: ¿Cuál fué el culto mariano del barroco? Fué un culto mariano extremo —hidalgo y caballeroso, como español— y nacido en España, el dogma de la Inmaculada Concepción. Y parejamente a él comienza el renacimiento del amor por el culto Mariano en América, que se afina de nuevo y afirma definitivamente.

LAS ETAPAS MARIANAS

Ya se ha dicho que fueron los hombres de la Edad Media los que llevaron el quehacer hispano a América; veamos ahora las principales etapas en proyección vertiginosa —de su marianismo apostólico.

Un punto inicial es para nosotros el nombre de la carabela colombina: la «Santa María». Bajo este signo se emprendió la gesta descubridora, y con él había de seguir en adelante; después sería en Tierra Firme la fundación de Nuestra Señora de la Antigua, la conmovedora historia mariana de la Virgen del Buen Aire, que desde ultrapuertos, relacionada con Vázquez de Leca, va a parar hasta los mares australes y dar nombre —en febrero de 1536— al «Puerto de Nuestra Señora de Santa María del Buen Aire», en las bocas del Riachuelo, en recuerdo de la Virgen venerada por los gaditanos. O la Virgen de Chigüinquirá, en Colombia. De Norte a Sur, de Oriente a Occidente comienza a penetrar con los españoles en América un hábito mariano, una decisión adoradora por la Virgen, que se manifiesta claramente en el regreso de los forzados circunvaladores del Globo, cuando en septiembre de 1522, cubiertos por los andrajos gloriosos que habían sufrido los vientos de los dos hemisferios, marchan todos, cirio en mano, a cumplir la promesa que en travesía hicieran a la Madre de Dios.

El fervor religioso español, que daba nombres y bautizaba a todas las cosas descubiertas, tomaba preferente este camino y a él de la Virgen María, Nuestra Señora, Santa María, y sus advocaciones son el corolario constante de la penetración mariana en América. Veamos, sin embargo, una manifestación más interesante.

LA VIRGEN AMERICANA

Es natural que consideremos importado el culto mariano en América y que toda la nomenclatura mariana de las Indias nos parezca nacida de la religiosidad española. Pero lo mismo que —pese a la universalidad del catolicismo— es la Virgen del Pilar la Virgen española por excelencia, España llevó consigo a las Indias la posibilidad de una Virgen Americana, de una directa aparición de la Virgen a las gentes de América, preparadas por los misioneros y por la obra evangelizadora de todos, para entender lo que ante los ojos se les pusiera. Tal es la Virgen de Guadalupe.

Sigamos la narración que del milagro hizo en 1649 (3) el Bachiller Luys Lazo de la Vega en los tiempos mismos del milagro: Venía hacia Tlatelolco, donde aprendía letras divinas y humanas, el indio Juan Diego, cuando al pasar por cerca de Tepetlac oyó «cantar arriba del cerrillo: semejaba canto de varios pájaros preciosos... y parecía que el monte le respondía. Su canto, muy suave y deleitoso, sobrepasaba al del «coyototilli» y del «Tzinican» y de otros pájaros lindos que cantan». Paróse Diego, y subiendo al cerro vio a la Virgen, «su vestidura era radiante como el sol; el risco en que posaba su planta, flechado por los resplandores, semejaba una ajorca de piedras preciosas; y relumbra la tierra como el arco iris. Los mesquitos, nopales y otras diferentes hierbecillas que allí se suelen dar, parecían de esmeralda; su follaje, finas urquesas; y sus ramas y espinas brillaban como el oro...»



Aparición de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México

La Virgen llamó al indio y le dijo que fuera al arzobispo y le dijera que allí deseaba morar y ser venerada en una iglesia, para en ella «demostrar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues soy vuestra piadosa madre, a ti, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen». Palabras que llenaron de unión a Juan Diego —«Juanito, el más pequeño de mis hijos», como le había llamado la Virgen—, empujándole a marchar a donde el prelado pudiera conocer la voluntad divina.

Comunicó así por dos veces —tras otras tantas entrevistas con Nuestra Señora— el indio al arzobispo; pero éste pidió una prueba, una señal. Fué ésta cumplida. Aparecida de nuevo la Virgen a Juan Diego ordenóle cortar —en pleno frío— rosas frescas «de Castilla» y envolverlas en su manta de ayate, y enseñarlas al prelado. Hizolo así Juan Diego, y cuando desenvolvió su modesto atuendo en presencia del religioso, hallóse con que por bajo de la fragancia de las rosas quedaba, en el ayate de su capa, bordada la imagen de la Virgen.

De este modo, por el humilde vehículo de un aborigen sencillo y creyente, América tenía su Virgen, aparecida para los hispanoamericanos e indígenas, a los que rogaba le erigieran un templo desde donde bendecirlos. Desde entonces se rezaría a la Virgen de Guadalupe, en idioma nahuatl (4).

«Reina del cielo, siempre bendita y piadosa Virgen, salve, Hija preciosa de Dios Padre, salve, amada Madre de Dios Hijo; salve, Esposa querida de Dios Espíritu Santo. Nosotros te alabamos, a Ti, que bajaste del Cielo y prodigiosamente te apareciste a los pobres indios. A Ti clamamos, Santísima Madre de Guadalupe, que misericordiosamente nos diste tu imagen, en cuya presencia hemos de invocar a tu divino Hijo, nosotros los desvalidos, que vivimos en las penas de este mundo...»

La Virgen en América no es sólo, pues, la trasplantación de un culto mariano español y católico, sino una realidad hecha milagro por la virtud de la acción de España, que dió al antes sangrante «tecutli» una fe y un fervor que fué premiado con la presencia portentosa de Nuestra Señora en Tepetlac.

- (1) Juan San y García: «Iconografía histórico-mariana regional en el Arzop. de Burgos», M. Gudiol: «Els primitivos».
- (2) Cfr. «SI», número dedicado a Portugal, artículo «Historia Peninsular», de M. B.-G.
- (3) «Huel tiamahvicolica omexeniti in ihvica tlatoc» (huapilli Santa María). (Se apareció maravillosamente la Reina del cielo, Santa María.) Trad. y ed. de Primo Feliciano Velázquez. México 1926.
- (4) Trad. de Primo Feliciano Velázquez.

Loa española a Santa María

Por JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

“MUCHAS veces, reflexionando sobre el apasionamiento con que en España ha sido defendido y proclamado el dogma de la Concepción Inmaculada, se me ha ocurrido pensar que en el fondo de ese dogma debía de haber algún misterio que por ocultos caminos se enlazara con el misterio de nuestra alma nacional...”

Ganivet, al que pertenecen las tan conocidas palabras transcritas, no pudo menos, por español, de intuir confusamente que era algo entrañable al alma nacional lo que la lanzara a la afirmación impaciente de la Concepción sin mancha de María. Pero Ganivet, nacido al fin y al cabo en el decar de un siglo para todo escéptico menos para el dogma de las máquinas de vapor, que, eso sí, se le antojaban más aptas para llevarnos a la felicidad que la letanía lauretana, no pasó de la intuición nebulosa; y todo se quedó en titubeante, y, por supuesto, falsa analogía entre su patria y la Inmaculada. Y, sin embargo, en lo otro tenía razón.

Era también cosa harto común en su tiempo que cualquier pedante escuadrón de doctos profesores se nos fueran determinando el ser de las naciones exclusivamente por tal cual rasgo físico, geológico, técnico, en vez de por lo que quizá más primariamente determina su ser: por los Santos, que, pese a ser los espíritus universales, o quizá por ello, resultan luego las máximas encarnaciones nacionales, y por la especie peculiar de su religión. No se trata, por supuesto, de afirmar ninguna clase de independientes Iglesias locales, en cuya conveniencia el Señor nos ha preservado cuidadosamente de creer. Si de modos singulares de sentir la religión, dentro «e la necesaria universalidad inmutable de sus dogmas. No creo preciso insistir demasiado en la demostración. Es obvio que, verbi gratia, todo el orbe cristiano profesa un idéntico culto de hiperculia a la Santa Madre del Señor; pero no parece menos evidente la diferencia que, atendiendo a lo que cuenta tal culto en la trama toda del acontecer diario, se da entre esta nuestra España, por ejemplo, y otro país cualquiera de la Cristiandad.

En esto, ciertamente, vió claro Ganivet. No es casualidad que dos de las devociones de más penetrante perfume poético, creadas por los hombres para rendir homenaje a la que Fray Marcos Salmerón llamara «Reina del Mundo», sean españolas. Me refiero a la Salve, compuesta por Pedro de Mesconzo en las nimiosas tierras de Galicia, por los tiempos tormentosos del siglo décimo, y a la cadena de rosas que trenzara Domingo de Guzmán. No es tampoco azar que desde entonces gentes españolas, bárbaras, naturalmente, y reaccionarias, hayan porfiado bajo todos los cielos del mundo y contra corriente de trónicas sonrisas volterianas, en rezar su rosario todas las noches; ni que en el ancho solar de la Patria florezcan como rosas, aquí y allá, centenares de santuarios apudados en peñas, o de capillitas perdidas por esos campos de Dios; ni que Nuestra Señora se dignara honrar la seca tierra aragonesa descendiendo en carne mortal, ante el ardentísimo amor maravillado del español santo del trueno, Santiago Boanerges. En este cuadro —Santiago postrado ante la dulce Madre de Dios— quizá esté retratado el ser de nuestra raza. Pues, en lo substancial, si nuestro es Santiago, suyos somos nosotros. Según su estilo bronco, Iglesia militante. No cabe aquí tratar de ese carácter ofensivo, misionero, de nuestra fe; pero con recordar que se trata de una Iglesia en la que existe una Orden concebida militarmente como Compañía, con su general y sus soldados, y que, ciertamente, no cedió en brío cuando la Contrarreforma al más pintado de los Tercios, aunque sus campamentos fueran bajo escolásticas banderas de silogismos, creo que es bastante.

Por otra parte, bastaría con atender a nuestro carácter. Se ha dicho por ahí —y en la memoria de todos está dónde y por quiénes— que si somos téticos. Es la sempiterna visión «98» de España, con sus hidalgos verdinegros y enlutados, macilentos, duros e implacables, sobre un fondo llamante de hogueras inquisitoriales, y de vida retorcida bajo una acesita sin piedad. Tampoco hay tiempo aquí ni lugar para refutar por menudo una opinión que, en verdad, apenas si debe siquiera refutarse, hasta tal punto depende de esa deformación de la razón que justamente comenzó cuando la razón quiso emanciparse de lo que sobre ella estaba, no por irracional, sino por superracional. Pero, evidentemente, no quedaría en el mejor lugar cualquier fúnebre expositor de la «tristeza» española, si le fuera dado contemplar a esa raza, no sombría, sino sencillamente viril, de hinojos ante su Madre celestial.

Es un tema ese de la ternura española por tratar. No poca parte cabría en él al capítulo de la devoción Mariana. «Faltaría acaso un recuerdo para los «Pastores de Belén» de Lope? Leed: «Estaba María en oración sin manto, ni velo, ni sandalias, con sólo la túnica, el rostro levantado al cielo,

altas las manos, atentos los ojos a la puerta de Oriente, los cabellos hermosísimos tendidos por la espalda, cuando nace Jesús. El recién nacido siente frío; llora; y su Madre le llega a su pecho, y le canta:

No llores, mis ojos,
Niño Dios, callad,
que si llora el cielo,
¿quién podrá cantar?

Y luego, es el llegar de los pastores en la Noche jubilosa.

Campanitas de Belén,
tocad al alba...

¿Hay mucho ahí, ciertamente, de hoguera inquisitorial o de cejijuntos Torquemadas de leyenda? Más responde a un modo de ser muy español, del cual el propio Lope es buen ejemplo. Se ha dicho que lo peor de la época moderna es que peca sin advertir que peca. A Lope o al español

plegaría de los españoles, por ser el suyo enorme tan adonado e de virtud tanta que a los enemigos seguda e espanta, como nos dice en sus «Miracles de la Virgen» el buen Berceo. Y es que a la Virgen «Deus non pode dizer de non», según asevera Alfonso el Sabio en sus Cantigas. ¿Es extraño que por doquier se le invoque? Primeramente, Juan del Encina:

Que si su favor tenemos
según su poder es visto,
luego muy dignos seremos,
y la gloria gozaremos
por las promesas de Cristo.

¶ Juan Ruiz,

Quiero seguir a Ti, flor de las flores,
siempre de ti cantar de tus loores
non me partir de ti servir
mejor de las mejores.

¶ Pérez de Ayala, que canta a Santa



de todos los tiempos no puede aplicarse tal crítica. Toda la vida atormentada del pobre Fénix de los Ingenios fué un drama, y pavoroso batallar entre una cruz que le llevaba a crucificar diariamente a su Rendentor, y una fe tan firme como vacilante era su moral.

El español del barroco, pletórico de vitalidad, somete el mundo a Cristo, y difícilmente se somete él mismo. Pero le salva, en última instancia, su fe, una confianza en Dios, quizá excesiva para un pueblo que en Trento sostuvo la doctrina catódica de la justificación por la fe y las obras, y que, como de la mano, la lleva hacia la devoción a la Virgen. El español peca, y peca fuertemente; pero difícilmente peca por orgullo. Se sabe miserable, y su humildad le impulsa a esperar todo de la misericordia divina, en la que, eso sí, confía con todas las fuerzas de su alma. Por otra parte se siente demasiado indigno para acudir directamente a su Rendentor, y recurre a intermediarios: primero, Jesucristo, mediador de Redención; después, María, mediadora de Intercesión. Él responde, además, perfectamente, al fondo de una raza no tan amiga de la pura abstracción teológica como, en cierto grado, de la humanización de lo divino; que prefiere expresar lo sobrenatural con imágenes naturales, al modo como lo logra nuestra plástica, poblando las iglesias de España de imágenes «de vestir» y santos «de palo», tangibles, polícoros, «cabeza verdadera»; que más que en el Padre, «cabeza» en el culto en la devoción al Dios Hijo, al Dios hecho Hombre, y que, sin desdoro de la divinidad, sabe humanizar todo lo divino, y hacerlo suyo, íntimo, con una ternura quizá aun no plenamente comprendida. A María, Madre de Dios, pero Madre también de los hombres, se dirige preferentemente la

María, de las flores tú flor e de las rosas rosa».

Parece difícil que volviéramos a encontrar una alada frescura semejante a la de estos ingenuos loores del Medievo. Tal en el romance anónimo:

Mañanita de San Juan
anda el agua de alborada,
Estaba Nuestra Señora
en silla de oro sentada...

O en los de Lope:

Agua divina,
bella labradora,
boca de rubies,
ojos de paloma...

O en la delicadeza con que insistente mente se la denomina «Niña», para dignificar mejor la pureza de quien es «coda ella, desde los cabellos a los pies benditos, hecha un cielo abreviado». Pero aun habíamos de llegar a una más propia poesía. Ello sucede cuando desde las alturas del cientifismo racionalista se consideró que todo aquello de las flores a María era música celestial, y que mejor era dedicarse a fabricar ingenieros en serie. Porque aconteció que España se obstinó en seguir produciendo teólogos en serie, y en atribuir más importancia que a una turbina a lo que se definiera el dogma de la Inmaculada Concepción. De la España del XVI se ha dicho que fué España de Cristo. Aun más exacto sería advertir que España se empeñó en mantener no ya sólo el dogma escueto de la Fe católica, sino en todo el mundo de la Fe católica. Por eso visto desde fuera, El Escorial, que es aquella España petrificada, parece frío como un alfiler o una armadura. Y es que era justamente esto: una armadura contra fuera. Pero dentro quedaba el jardín interior toda la poesía de la Catolicidad, tras-

plantada al huerto español, y en él desarrollada. Así, la poesía medieval sobre María, reducida a los moldes convencionales de la Piedad o de la Virgen con el Niño en brazos, no nos bastaba, y en 1513, en la reimpresión de la «Vita Christi» creábamos una nueva representación «española» de la Virgen, en la que sobre la luna, las manos al pecho, y recubriendo la corona que el Padre y el Hijo le colocan, mientras el Paracletus extiende sobre ella sus alas protectoras. Es, en suma, la interpretación tangible de la Inmaculada Concepción. Toda España la había ya defendido anteriormente por boca de Raimundo Lulio, de Juan de Segovia, en el Concilio de Basilea; por las Ordenanzas de sus Reyes y de sus Cortes. Pero ahora la lucha por el dogma va a ser empresa aun más nacional. Hoy podrán parecer más trascendentes, quizá, otros quehaceres, como la partida doble o los motores de explosión; pero entonces se estimaban por más apasionantes cuestiones que, por lo menos, tenían sobre las novelas policíacas que monopolizaban las facultades intelectuales del hombre medio de nuestro tiempo, la ventaja de que afectaban directamente a nuestra salvación, mientras que las andanzas de determinados personajes de nombre exótico, sólo muy relativamente podrán afectar a la posible tranquilidad de una digestión.

Por eso en las Universidades españolas del XVI no se obligaba tanto a los discípulos a la caza apurada de la última novedad, más o menos adulterada, importada del extranjero, como a estudiar el misterio de la Concepción de María, y después, a jurar defenderlo con voto de sangre, dando la vida por él, de ser preciso. Y como quiera que esto no era patrimonio exclusivo de una Universidad —aunque en una empezó, que fué la de Valencia, en 1630—, sino de todas, y ni aun sólo de todas, sino que siendo muy pocos los vasallos del Rey Católico que no estén incorporados en alguna Orden militar, Universidad, Ayuntamiento, Colegio, Cofradía u otro Cuerpo establecido legítimamente, se observa en todos ellos con el mayor cuidado, que ni entrar cada uno haga juramento solemne de sostener y defender con todo celo y hasta donde alcancen sus fuerzas, el misterio de la Inmaculada Concepción, según se lee en el Memorial por consecuencia del cual el Breve de 1780 declaró a la Virgen en el referido misterio «principal Patrona universal de los dichos reinos y dominios», resultaba que se trataba de algo que estaba en la conciencia de las gentes.

De ahí el júbilo que despertó la Constitución «Solicitud» por la que, a instancias de Felipe IV, Alejandro VII prohibió disputar contra esa «sentencia piadosa, consoladora precedente de la Bula «Ineffabilis Deus», por la que Pío IX proclamó, el 8 de diciembre de 1854, el dogma de la Concepción sin mancha de María, por las mismas razones que nuestra divina impaciencia había ya adivinado siglos antes; pues «porque venía (Dios) a reparar lo quebrado, no quiso hacer ninguna quebra en su Madre», como hermosa y concisamente se lee en los «Nombres de Cristo».

Y es que el amor había de iluminar a los españoles, hijos de María. Así, burrió la espléndida expresión pictórica del misterio de la Concepción, pareja de la pompa dorada de los Autos enmarcando el otro gran misterio de la Eucaristía. Así, joyas como ese «Libro de la Virgen María», donde el beato Juan de Ávila llamamente interpela al Señor, y a los Santos, y a los que le escuchan, y a la misma Virgen: «Niña, ¿de dónde tenéis Vos manto para cubrirnos a todos? ¿De dónde alas para abrigar tantos pollos?... Gran negocio llevas (Señora), pelear con Dios, y que se amane con los hombres.» Pero es que también, entonces, sabían éstos pelear por Ella. Cuenta el Padre Rivadeneyra en su «Vida de San Ignacio» de cuando, yendo el Santo de camino, se encontró con un moro que injurió a la Virgen, y el Santo quedó dudoso, porque no sabía si habría de «darse prisa tras el moro y alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento». Podemos contar nosotros que tras todo pelear de gente española andaba, de alguna manera, la defensa de la Virgen que en su Concepción era Patrona de sus Tercios. Sabían también los hombres que, por mucho que dieran, nada sería junto al valimiento que hallaban en su Madre, «moderadora entre nos e El (Jesu Cristo)», como reconocía el Rey Sabio, implorando su merced al comienzo de las Partidas. Es claro que Juan de Ávila también se lo sabía al advertir: «Ten delante del Padre a su Hijo, y delante del Hijo, a su Madre, que es alba que está entre los pecadores que viven en noche, y entre Jesucristo, Nuestro Señor, sol verdadero. Y como no se puede pasar de la noche al sol, sino por el alba, tampoco quiso Dios que alguno pasase del pecado mortal a la gracia, sino por María».

Sepamos todos recurrir a Ella. Y cantar. Que con palabras de Berceo:

«Non nos debe decir nin lengua nin garganta, que non digamos todos: Salve, Regina Sancta

Para el laude de María Virgen

Por ALVARO CUNQUEIRO

I
ARA el laude de María Virgen que seguir, con vagar, el hilo de la imaginación de año, contando por las cuentas del rosario sus milagros, según los aprendió mi fantasía en las historias. De muy rapaz me tocó oír, bajo aguas de laguna, campanas alegres que decían que eran de la iglesia de la Virgen de Vilarrin: llanas donde el Miñá nace, las hervanas las mece el viento... Cuando las oí, aún no sabía yo la historia del arcediano de Bravos, que por allí pasó en su mula de regreso de un precepto, coronado de aguardientes. Oyó el arcediano una música en la laguna y se dijo que o se estaba ahogando un flamenco con su laúd o había juerga en la pagueta. Apéose de la mula, y como no se pescan truchas a bragas enjutas, se adentró en las aguas, donde fué recibido con muchos mimos y peperetes por una como sirena, que comenzó a doñearlo y revolverlo, y ya el arcediano estaba en mares, cuando se oyeron las campanas de Vilarrin bajo las aguas y la visión huyó, regresando sano y salvo a Bravos de Roupar el señor arcediano... Pero de estas historias contaré las menos, poniéndome a desenredar el ovillo de los hermosos y claros testimonios que de la misericordia y amor de María se conservan en la memoria de los hombres.

II

Pardonne moy comme a l'Egipienne
Ou comme il feist au clerc Théophilus
Leguel par vous fut quitte et absoltus,
Combien qu'il eust au double fuit promesse.

François Villon: «Ballade que feist à la requeste de sa mère pour prier Notre-Dame».

Vendió su alma Teófilos al diablo en una posada que hay en el monte, entre Aumale y Amiens. Era clérigo el Teófilos y trabajaba en Amiens labrando para la iglesia catedral capiteles con escenas de diversos pecados. Contando con años de airo se perdió aquel hombre, que no disfrutó porque la melancolía lo tomaba en su vida de condenado, aunque no le faltó el dinero, que a manos llenas se lo daba Satanás los viernes por la mañana. Unas calenturas pusieron a Teófilos a la muerte y compareció el diablo a cobrar el alma del desdichado, acompañado de varios asistentes y con la "mitra de noche" puesta, que es su adorno mayor. Teófilos, pese a su perdicción, no había olvidado decir, a la mañana y a la noche, "Ave María gratia plena", y esto lo salvó, que Nuestra Señora bajó a contienda con Satanás y rescató el documento del pacto y con él el alma del clérigo. En Chaulnes, en el hospital de San Eloy, se conserva una piedra quemada, que fué donde se sentó el diablo, y otra en la que cada cien años florece un rosul, que fué donde se sentó María para cuidar al arrepentido en la hora de su muerte...

Teófilos parece ser que era un

clérigo bizantino muy letrado, que buscaba la viga de oro y la del alquitrán, la llave del valle de Josafat, la piedra filosófica y el hervor solar, leyendo en las recetas de los monjes de Larissa, en Tesalia, que el año de 900 ardieron con sus redomas y eliziris, salvo un lego simple, tan amoroso de María que solía hablar con ella en el huerto de limoneros: este lego murió en Roma, en Abbadia tre Fontane, habiendo aprendido los latines bastantes para alabar a Nuestra Señora.

III

En el corazón de Roma ocurrió este milagro, que se cuenta como el más hermoso de la Virgen María. Con la letra misma del Oficio se relata: Bajo el pontificado del Papa Liberio, el patricio romano Juan y su esposa, que no tenían hijos que heredase su fortuna, que era muy competente y saneada, acordaron dejar a Nuestra Señora sus bienes, suplicándole a María con rezos fervorosos tuviera a bien decirles en qué obra irían mejor empleados los dineros. María respondió con un milagro.

El día de las nonas de agosto, época de los grandes calores en Roma, la nieve cubrió una parte de la colina Esquilina, una de las siete romanas. María avisó a Juan y a su esposa, y al papa Liberio, de la aparición de la nieve y de que en el campo por ella cubierto quería una iglesia consagrada a su nombre. Allí con los dineros de Juan se levantó Santa María Mayor, una de las siete iglesias de Roma, Nuestra Señora de las Nieves, "ad collem nive coopertum"...

En el romano sol de agosto—ese sol que al ánimo español de Agustín de Foxá pedía corridas de toros cuando el conde hacía sus embajadas romanas, tan distintas de las del señor de Chateaubriand—, allí donde fué el altar hostil de Juno la di-

sa, una nieve manselina cayó bajo la mirada fabulosa de todas las estrellas que en los cielos cantan su luz cinco días antes de San Lorenzo y las parvillas.

IV

Otros milagros, como el de la Virgen de la Barca, serán contados en su ocasión. Pero no quiero olvidar esa hermosura que llaman en Lugo Nuestra Señora de los Ojos Grandes, ante la que tantas veces me he arrodillado, ni Nuestra Señora la Inglesa, que la piedad de los emigrados Utton, cuando aquel reino se perdió en el pecado del Cisma, trajo a la humilde catedral de mi Mondoñedo. ¡Ambas me son tan queridas! Como Charles Péguy hizo la presentación de la Beauce y del Orleáns severo y serio a Nuestra Señora de Chartres, así quise yo hacer, en verso de gaita, que es el que mejor me va, la presentación de mi país a Nuestra Señora de los Ojos Grandes: presentarle el río nuestro, Miño caudal, con las robleadas y los castañares; la Tierra Llana con su centeno, los abedules de los valles, los maizales, las Mariñas, el verde mar, los pueblos y las aldeas... Aun es tiempo de cantar. Bien viejo era aquel Ruy de Lanchester que tanto pecó, y quemó un fraile benito en Portomarin, y vino de rodillas a Lugo, y entrando por la puerta de Santiago llegó a cantar ante Nuestra Señora de los Ojos Grandes la letra de la Letanía Lauretana antes de dar su aliento, y allí en la iglesia había gentes que vieron cómo del cuerpo del viejo conde peleador salía para Dios su alma, a modo de un niño recién...

V

De todas las flores que en mayo medran para los altares de María, ninguna hay más hermosa que aquella rosa blanca que florece en Marzell, en Salzburgo, solitaria en la cuna que le hace una vieja pila de agua bendita abandonada, por rota, en el huerto de la abadía. La

corta el príncipe-arzobispo con tijeras de oro el día de la Ascensión del Señor y la lleva al altar mayor, a los pies de la Virgen, mientras los frailes cantan himnos. (Como allí tocó Mozart, es probable que aun quede el eco de su música, que en tal día se oirá, lejana brisa en la arboleda...) El príncipe-arzobispo de Salzburgo cura, tocando con la rosa, muchas graves enfermedades.

Esta rosa, "clausura primera de la armonía", no debiera marchitarse jamás. En general, no debieran marchitarse nunca las rosas... Gusto yo de estos milagros que todos los años, a la hora en punto, se repiten. Y si quisiera estar encerrado con el patriarca ortodoxo de Jerusalén cuando el Arcángel viene a encender en su mano el cirio del día de Resurrección, quisiera estar en Marzell, en el huerto de manzanos y guindos, viendo como brotaba y florecía la rosa de Nuestra Señora... Quizás prefiriera Marzell a Jerusalén: también preferiría ser príncipe-arzobispo de Salzburgo a patriarca ortodoxo de Jerusalén, respetable varón que después de haber visto a San Gabriel con el fuego del Cielo en las manos, vive y duerme tan tranquilo y es capaz de beber ese licor de los patriarcas que se llama "kinaad"...

VI

Tan simple como aquel pobre clérigo que sólo sabía decir "Ave María Purísima" y ganó el Cielo, no quisiera yo ser. Pero decir con tanto amor las tres palabras de esta salutación, si quisiera. Se las oigo, hoy como ayer, a las campanas del viejo convento alcantarino de mi ciudad, que llama para "las flores" al pueblo. También me llaman a mí, aunque tan lejos estoy y muchas otras campanas he oído. La iglesia huele a jazmín, a romero, a hierba-luisa, y sobre el manto azul de María cae una hermosa cabellera rubia.



GONZALO DE BERCEO Y LOS "MILAGROS" ESPAÑOLES

Por LORENZO RIBER

De la Real Academia Española



CONTEMPORANEAMENTE, hacia la segunda mitad del siglo XIII, por la faz de la espaciosa España, tres poetas cantaban las alabanzas de Nuestra Señora Santa María, en las tres lenguas peninsulares; cantaban repuestos y escondidos, cada cual a su placer, como tres ruiseñores distantes. Cantaba en la dulce fabla galaico-portuguesa, el poeta, citaredo y coronado como el rey David, don Alfonso X, el Sabio, rey de León y de Castilla (1221-1284). Cantaba en el román paladino en que solía hablar a su vecino el pueblo de la Rioja, el clérigo del monasterio de San Millán de la Cogolla, don Gonzalo de Berceo. Y en el habla enérgica y sonante que el rey don Jaime el Conquistador había llevado a su conquista ultramarina cantaba Raimundo Lulio, muchísimo más poeta que en sus obras rimadas, en las cálidas efusiones líricas de su prosa. De los tres poetas cantores de Santa María, Raimundo Lulio era el más patético, arrebatado y ardiente. Era también el más joven.

La devoción mariana, como un torrente de leche y de miel, riega y alegra toda la Edad Media. Una inmensa ondata de poesía discurre por su cauce en forma de baladas, canciones, rondeles, lays y virolays, cantigas, serranas y decires. Una plegaria inmensa rueda de siglo en siglo y sube y se detiene a los pies de la Mujer calzada de la luna. A ella invocan las pobres gentes, los guerreros, los bandoleros, los sabios, los juglares, los reyes. Todo el mundo cuenta a la Madre Gloriosa sus temores, sus esperanzas, sus alegrías, sus dolores. Es un coro formado de todas las voces y un concierto de todas las edades que María escucha con el corazón transido por las espadas de los siete Dolores y por los siete Gozos que son también espadas, con el labio bañado en la miel de una sonrisa y con los ojos de violeta tierna, prometedores de perdón futuro.

Es cosa obvia emparejar las Cantigas de Santa María, del monarca castellano, con el libro de los Milagros de Nuestra Señora, del humilde clérigo de la Rioja. Los santos milagros que faz la Gloriosa son el temor de ambos juglares de María: milagros frágiles, virginales, ingeniosos; milagros... que no son milagros, si ya no es milagro el abrirse la flor del romero, rica de tintas y de micles; si ya no es milagro que del surco germinal salgan las espigas y las alondras; si ya no es milagro el cotidiano mostrarse en el oriente opalino la aurora ruborizada. Sólo a los ojos nuevos, pasmados de candor, los fenómenos naturales cobran categoría de prodigio: el agua que corre con sonido, la flor que se abre con aroma, el insecto que cobra alas y vuelo y voluntad de cielo. Milagros así que son milagros porque en tales los transforma el poder de alucinación que tienen los ojos tiernos y las mentes aurorales, constituyen el objeto de la mayor parte de los cantos del Rey castellano y del preste riojano. Del rico caudal de estos milagros pudieron consultar a su sabor las copiosas colecciones que había reunido aquella criatura grande, aquel Hércules niño, que tenía la fe impávida de los niños, que se llamó la Edad Media: Edad enorme y delicada que edificaba catedrales, lanzando contra el cielo piedras grandiosas y luego contando sílabas, con dedos meticulosos, en honor de Santa María, escandía prosas místicas, cantigas y loores.

Mientras buscan su camino acostumbran extraviarse los poetas. El Dante se extravió por una selva salvaje que ponía pavor en el pensamiento. Pero, antes que él, nuestro Gonzalo de Berceo se había extraviado deliciosamente en una floresta alegórica, igual del paraíso. Prado ameno, regado de fuentes, sombreado de árboles, perfumado de flores y organado de pájaros cantores, hallólo en el polvoriento y sediento camino de su peregrinación el simple y gustoso Gonzalo de Berceo, en el ameno prado que soñó, figura de la gloriosa Santa María, que es huerto cerrado y colmado;

Es dicha vid, es uva, almendra, malgranada
que de granos de gracia está toda calzada;
oliva, cedro, bálsamo, palma bien avimada...

Por esta fresca y balsámica avenida nos guía el clérigo del monasterio de San Millán ante el corro de las buenas gentes riojanas, burgueses de Nájera y pastores del término de Cañas que ante el humilde portalejo de su celda le oyen contar y cantar los santos milagros que faz la Gloriosa. Con los ojos tan abiertos como las bocas escuchan aquellos aldeanos de las tierras ribereñas del Ebro los cándidos milagros, tesoro y consuelo de la Edad Media. Mas, una sutil crispación de gusto y bienestar recorre los miembros de los sencillos oyentes cuando les cuenta milagros españoles;

En Toledo la buena, esa villa real
que yace sobre Tajo, esa agua cabdal
ovo un arzobispo coronado leal
que fué de la Gloriosa amigo natural.
Dicióli Ildefonso...

Este insigne milagro castellano que narra el clérigo poeta es el de la casulla que la Virgen donó a San Ildefonso; milagro que más tarde había de interpretar el pincel suave y devoto de Murillo. Fué Ildefonso hombre de santa vida y de gran cordura que a la Gloriosa hizo dos servicios muy notados. Escribió un libro sobre la "Limpieza de Santa María contra tres renegados de la Galia" Narbonense que negaban con sacrilega osadía su virginidad. Y luego instituyó la fiesta de la Expectación del Parto, vulgarmente llamada de Nuestra Señora de la O, pocos días antes de la Santa Natividad. Y con qué rústica y congruente imagen lo dice nuestro clérigo a su auditorio de la Rioja, terruño de viñedos generosos;

Assentó buena viña cerca de buen parral;
la Madre con el Fijo, par que non ha igual.

Estos finos servicios tenían que ser recompensados. Rodeado de gloria grande apareció al santo arzobispo, mientras sentado en su cátedra preparábase para celebrar la misa, la Madre del Rey de la Majestad, llevando en la mano el libro de la Virginidad de María que Ildefonso había escrito, y en galardón hizole una gracia cual nunca fué oída:

Dioli una casulla sin aguja cosida;
obra era angélica, non de ome tejada;

casulla preciosa de verdad, con que cantase la misa de aquel día que era el Nacimiento del Señor.

Y, de seguida, al rústico auditorio le cuenta Gonzalo de Berceo otra historia toledana:

En Toledo la noble que es arzobispado
un día de grant fiesta por agosto medado,
fiesta de la Gloriosa Madre del Buen
[Cruado,
conteció un miraglo grande e muy sena-
[lado.

Celebraba misa pontifical el arzobispo de Toledo en la festividad de la Dormición de María, con gran frecuencia de pueblo, cuando doliente y querellosa, les habló una voz del cielo, que todos creyeron ser la voz de Santa María que deciales con acento desgarrador:

¡Otra vez crucifigan al mi caro Fijuelot!

Los divinos oficios se interrumpen. El arzobispo habla a las gentes atónitas y les dice:

Sepades que judios fazen alguna cosa
encontra Jesu Christo, Fijo de la Glorio-
[sa...

Amargo majuelo era entre el pueblo devoto y fiel la judería toledana. Vanse para ella con gran priesa, en busca de la alevosia, y he aquí lo que hallan en casa del rabi mayor. Hallan un cuerpo humano de cera, crucificado como Jesucristo, con gran llaga al costado. Cuanta afrenta hicieron los judíos de Jerusalén al Señor, allí renovábanla en el simulacro los judíos de Toledo. El pueblo, a mano airada, vengó en los judíos atrocemente el simulacro deicidio.

Pero la sana gente campestre que oye al buen Gonzalo gusta mucho más que de historias atroces de historias apacibles y misericordiosas. De ellas sabe hartas el poeta de San Millán. Ahí va esta suavísima: Del clérigo y la flor.

Salteado de ladrones murió yendo de camino un clérigo que de cumplido corazón amaba a la Gloriosa. Como eran ignoradas las circunstancias de su muerte fué soterrado fuera de la villa y no cubierto de tierra sagrada. El día que se cumplió el trentenario de su muerte apareció la Gloriosa en sueños a un clérigo y le habló imperiosamente:

¡Yo so Santa María,
Madre de Jesu Christo que mamó leche mía!

Y ordenóle que fuese exhumado el cadáver de su siervo del indecente lugar y fuese colocado respetuosamente en el fosulario donde reposaban sus hermanos en la fe. A toda prisa fué excavada la huesa del clérigo y un doble y repentino milagro se mostró:

Yssieli (saliale) per boca una fermosa flor
de muy grant fermosura, de muy fresca color;
inchia toda la plaza de sabrosa olor...
Trobaronli la lengua tan fresca e tan sana
qual pareze de dentro la fermosa manzana...

Fragancia de flor mojada de lluvia reciente, jugosa sanidad de camuesa tiene este sabrosísimo lenguaje castellano con que el devoto juglar de Santa María canta sus milagros y loores al rústico pueblo embebecido. Por todo premio de estas prosas pedía a la Madre gloriosa el devoto juglar que ante el acatamiento de Dios se remembrase de su Gonzalo, de sus milagros interpretador, y al corro de sus oyentes deciales que su canto

Bien valdrá, según creo, un vaso de bon vino.

¡Ya lo creo si lo vale! Demóselo de grado y que sea de aquel vino añejo de la Rioja, de aquel peligroso vino pálido que es un fuego manso,

Figuras de María en altares de España



La Virgen de Astorga



La Virgen de Guadalupe



Nuestra Señora del Rocio



Nuestra Señora la Blanca

VIRGEN DE ASTORGA

Es una imagen de aspecto vetustísimo, una de las más sorprendentes, un día tallada en madera policroma, más tarde enchapada con láminas de plata y con algunas piezas afiligranadas. Popularizada en los tiempos modernos por la fotografía, no es citada corrientemente en los textos de los cronistas, aunque indirectamente es posible que a la misma haga alusión Quadado, cuando por tres veces consigna en nota la referencia a Nuestra Señora de la Majestad.

VIRGEN DE GUADALUPE

Una de las más veneradas imágenes españolas es la que preside este santuario nacional de Guadalupe. Ninguna de las tantas expediciones que puede el viajero realizar a través de la provincia de Cáceres posee los encantos ni las sorpresas que habrá de ofrecerle la visita al monasterio en donde, como reina de incalculables riquezas e inspiradora de su arte, le guarda en su camarín la imagen de la Virgen.

Esta es la que encontrara en el mismo lugar un humilde vaquero del siglo XIV. Hállase rodeada de maravillas del arte que la piedad secular ha ido acumulando y se cobija bajo un conjunto imponente de construcciones del más típico carácter hispano: la característica arquitectura del gótico castellano, transformada por las «manos» moriscas que la ejecutaron.

NUESTRA SEÑORA DEL ROCÍO

Nos cuenta la leyenda que, en los remotos años del siglo XV, un pastor descubriera, en el término de la villa de Almonte (Huelva), entre zarzales y malezas, en el hueco del tronco milenario de un árbol, la imagen de la Virgen. «Era de talla, muy bella y vestida con túnica de lino entre blanca y verde».

Quiso el pastor llevarla sin pérdida de tiempo hacia su pueblo; se cargó la imagen al hombro y advirtió seguidamente que pesaba de modo extraordinario (entramos con esto en lo maravilloso); el peso aumentó, y el pastor se ve precisado a descansar unos instantes; pero (y estamos ya en pleno milagro) se duerme, rendido. Cuando despierta, la imagen ha desaparecido. Búscala afanosamente por doquier, y tan sólo la encuentra en aquel su primitivo emplazamiento, en el tronco del árbol, en el mismo sitio, al que llamaban «de la Rocinas». Cunde la noticia; pásmase la gente de los alrededores, y se decide construir en el propio lugar una ermita, en la que el añejo tronco sirva de peana a la imagen, cuyo nombre de Virgen de las Rocinas se estiliza bellamente, con el tiempo, en el de Virgen del Rocio.

NUESTRA SEÑORA LA BLANCA

Es esta imagen, en el parteluz de la portada meridional colocada, un poco rígida; sostiene sin el menor esfuerzo, sobre el regazo, el Niño, en una cierta manifestación de frontalidad. Grande corona pesa sobre la cabellera, que en lo alto circunda el rostro virginal, en el que se destacan las pupilas oscuras bajo los breves supercilios; la nariz es fina; la boca, diminuta; la faz, ovalada. El manto, decorado con estrellas, como la túnica, desciende en pliegues sobre casi toda la figura. La crítica, extranjera en buena parte, ha querido considerar esta escultura como uno de los productos galos de calidad que se encuentran en España.

LA DOLOROSA DE LA IGLESIA DE LA CRUZ (VALLADOLID)

Es la obra maestra de Gregorio Hernández, acaso la de la estatuaría policroma, exclama un crítico extranjero entusiasta, «si se limita a las escuelas del Norte». Se guarda en la capital castellana, como «una joya preciosa, confinada lejos de las miradas». Es una de las más fuertes

Textos y reproducción de «Imágenes Españolas de la Virgen», de Juan Subías. Edic. Selectas.—Barcelona.



La Virgen de la Paz

obras de nuestra plástica, deliciosa por su belleza y por su encanto; manifiesta, explícito, un crítico español.

Todo está en esta obra a tono: los paños, de un negro azulado, caen en grandes pliegues sobre el suelo como un manto de luto. La tristeza del conjunto que envuelve a la Virgen, armoniza con el dolor que Ella manifiesta.

LA VIRGEN DE LA PAZ

En el altar mayor de la Iglesia Catedral de Segovia, en donde nada hay de antiguo, puesta en su silla, está la imagen regalada a la Iglesia por Enrique IV.

Existe discrepancia manifiesta por cuanto se refiere a la materia o los materiales de que ésta escultura está compuesta, pues mientras opinan unos que la «cabeza y las manos son de marfil» y el ropaje de plata, otros la creen de madera y plata o de marfil y plata ornamentada de piedras preciosas. Dada la altura en que se encuentra, es un poco difícil precisar, pero no falta quien crea que puede ser la imagen de alabastro, recubierta en época relativamente tardía, de una especie de vestido de plata, lo cual parecería más verosímil dadas las dimensiones de la imagen.



La Dolorosa, de la Iglesia de la Cruz. (Valladolid)

LA VIRGEN DEL SANTUARIO DEL PUIG

Esta imagen se considera uno de los ejemplares más antiguos dentro de la serie gótica de que forma parte. Los pies del Niño, sentado frontalmente, se alargan hacia la parte superior del otro muslo de su Madre. Ambos llevan gruesos collares muy pendientes.

Este ejemplar forma parte de una serie evidentemente magnífica en la que figuran otros distintos entre sí, pero a su vez unidos por su procedencia geográfica y por una cierta afinidad temática, además de la naturaleza del material que los recubre. En todos ellos la Virgen Madre se presenta recubierta de chapas de plata, sentada y con el Niño, en general, de frente.

NUESTRA SEÑORA DE BEGOÑA

Dominando la población bilbaína, sobre un montículo, está situado el santuario en donde se venera esta imagen. Su origen es anterior al siglo XIV, y la leyenda, en éste como en tantos otros casos, no falta. Quiere la leyenda que la imagen de Nuestra Señora de Begonia fuera descubierta portentosamente.

Tal hallazgo dió motivo a que fuera erigida una primitiva ermita, que fué origen, en sucesivas ampliaciones, del actual y grandioso templo.

Verdadero tesoro del mismo es la imagen de la Virgen Madre que atrae a las multitudes nortehas.

Pertenece al grupo iconográfico de las Virgenes sentadas, con el Divino Infante reposando sobre la pierna izquierda, y dando cara a los fieles, a los que bendice.

«LA MACARENA»

«La Macarena», en lo alto de su «paso», atrae todas las miradas: su gesto es anhelante; su cara, toda ansiosa expresión; su mano izquierda quiere oprimir el corazón; su diestra corrobora la total actitud del cuerpo hacia adelante. Sedas brotadas cifren el cuerpo; cubre un manto de rameados terciopelos; una inmensa corona radiante cubre su testa bajo la leve mantilla blanca. La «gracia» y la «hermosura» se concentran en su rostro, «más hermoso que ninguno», dicen los sevillanos entusiastas, «rodeada de informe montón humano en su barrio, que grita, que la vitorea, que la regulebra a su modo y que le forma pedestal de inmenso amor».

Manos de artista han plasmado esta imagen en una apoteosis de barroquismos, mas no las manos frías de un neoclásico, sino las ardorosas manos de una mujer que ha dejado jirones de su alma, de su genio, en las más egregias talladas en gualdras andaluzas.



La Virgen del Santuario del Puig



Nuestra Señora de Begonia



«La Macarena»